



FOTO: Archivo Particular

## DE LA LIBRE COMPETENCIA DEL MERCADO A LA COMPETENCIA ENTRE HOMBRES Y MUJERES

La libre competencia jamás ha sido únicamente una disputa económica. Bajo el lenguaje técnico del mercado se esconde una guerra más antigua: *la lucha por los medios de producción, por el control de la vida, por el derecho a decidir quién come, quién obedece y quién merece existir.*

Dicha competencia no sucede entre iguales. Nunca ha sido así. *La sociedad se organiza alrededor de clases que disputan poder material, reconocimiento y supervivencia.* El capital no solo produce mercancías; también produce

comportamientos humanos. Produce formas de hablar, de amar, de callar y de humillarse.

*Las clases sociales terminan adoptando estrategias para sobrevivir dentro de un contexto que me resulta sumamente aplastante. Y esas estrategias, aunque muchas veces degradantes, nacen del miedo.* El servilismo, por ejemplo, no aparece por casualidad. Tiene raíces históricas profundas: feudales, coloniales y patriarcales. Aprender a inclinar la cabeza fue durante siglos una forma inteligente de permanecer vivo.

bajo nuevas formas. **Ya no siempre se manifiestan mediante el amo y el siervo visibles, sino a través de relaciones laborales precarizadas, dependencias emocionales, dinámicas empresariales profundamente jerárquicas y culturas sociales donde el valor humano parece medirse por la productividad, el estatus, la capacidad de adaptación o en qué tanto nos reducimos para caber en el sistema.**

**La lógica feudal no desapareció; simplemente se sofisticó.**

Hoy muchos individuos continuamos obediendo por miedo a quedar excluidos.

**Miedo a perder el trabajo, el reconocimiento, la estabilidad mínima o incluso el afecto. La sumisión moderna muchas veces ya no necesita cadenas materiales; basta con la incertidumbre permanente.**

Luego, el sujeto aprende entonces a autocensurarse, a agrandar y a competir contra otros iguales para demostrar que merece más: **más amor, más atención, más reconocimiento, más lugar en el mundo.**

Así el sujeto se va creando para sí mismo un subsistema dentro del sistema. **Y es justo ahí, para mí, donde aparece la ironía: incluso dentro de ese pequeño espacio que se ha creado para sí mismo, termina en su interior predominando el mismo individualismo capitalista que lo hirió desde el principio.**

Decimos en mi tierra: **“Lo ancho pa’ ella y lo angosto pa’ uno”.**

Porque incluso entre los oprimidos puede reproducirse la necesidad de sentirse por encima de alguien más. **Tal vez no por crueldad consciente, sino porque el sistema ha enseñado que existir también significa competir por el derecho a ser visto, amado o reconocido. La lógica de la competencia se infiltra en todo:**

**en el afecto, en la solidaridad, en la necesidad de reconocimiento.** Cada quien comienza entonces a disputar migajas emocionales, espacios de validación y pequeñas cuotas de poder.

La tragedia, luego entonces, es que la competencia termina infiltrándose incluso en aquello que debería salvarnos de ella: **el amor, la comunidad y la necesidad humana de pertenecer.**

El capitalismo rampante, invasivo y sin ningún límite ético claro, logró algo todavía más profundo: **transformar la supervivencia en identidad moral. Ya no solo se trabaja para vivir, sino para probar valor personal. El fracaso económico se interpreta como fracaso humano.** Y así, la competencia del mercado termina convirtiéndose en competencia emocional y existencial.

**Por eso me pregunto cómo podemos hablar de transformación social, de revolución del proletariado o de conciencia colectiva, si incluso dentro de las propias clases populares existen sectores que terminan reafirmando diariamente estructuras profundamente feudales.**

Y lo más inquietante es que, aun en pleno siglo XXI, esas conductas siguen persistiendo

Porque el problema no es únicamente económico. También es psicológico, cultural y simbólico.

Hay personas que, aun siendo explotadas, terminan defendiendo el mismo sistema que las reduce. **No necesariamente por maldad o ignorancia, sino porque el miedo produce apego hacia aquello que garantiza una mínima sensación de orden. El ser humano puede acostumbrarse incluso a su propia opresión cuando teme más al vacío que a la cadena.**



FOTO: Astrosofa

Y probablemente ahí se encuentra una de las mayores victorias históricas del sistema: haber convertido la dominación en comportamiento cotidiano. **La jerarquía deja de percibirse como imposición y comienza a sentirse natural. Entonces el sometimiento ya no necesita violencia explícita; se reproduce solo en la familia, en el trabajo, en las relaciones afectivas, en la escuela y hasta en la forma en que nos miramos a nosotros mismos.**

Muchos terminan aspirando no a destruir la lógica del poder, sino a ocupar un lugar un poco menos miserable dentro de ella.

Por eso toda transformación social verdadera exige algo más complejo que un cambio económico. **Requiere desmontar las estructuras internas del miedo. Requiere cuestionar la necesidad permanente de validación, la obediencia aprendida, el culto al mérito y la idea de que el valor humano depende de estar por encima de otro.**

De lo contrario, incluso las revoluciones corren el

riesgo de reproducir nuevas formas de dominación con otros nombres, otros símbolos y otros discursos. **Hoy vemos cómo el sistema absorbe las luchas sociales sin alterar profundamente la estructura económica que produce gran parte de esas desigualdades. Por ejemplo, el mundo actual habla constantemente de identidades, minorías, representación, diversidad, patriarcado, comunidades racializadas o sexualidades. Y aunque muchas de esas luchas responden a heridas históricas reales, también existe el hecho de que el debate político ha sido fragmentado en múltiples causas aisladas como estas, mientras la lógica material del sistema permanece plácidamente intacta.** Porque ningún sistema cae realmente mientras siga habitando dentro de la conciencia de quienes lo padecen.

**El “pobrecita yo”, la sumisión emocional, la necesidad de agrandar e incluso la autoanulación pueden ser vistos como mecanismos sofisticados de supervivencia social.** Son lenguajes aprendidos dentro de estructuras donde disentir significaba castigo, hambre, abandono o muerte simbólica.

**Sin embargo, la supervivencia tiene un precio.**

Porque cuando una sociedad adopta una forma paternalista, comienza también la revictimización. **Se protege mientras se humilla. Se ayuda mientras se recuerda constantemente la inferioridad del otro. El sujeto deja de ser visto como alguien capaz de reconstruirse y pasa a convertirse en una identidad fija: la víctima eterna.**

Pero también existe otra dimensión más incómoda: cuando la propia víctima queda atrapada en la identidad del dolor. **Allí aparece una especie de autovalidación permanente del sufrimiento. Todo se interpreta desde la herida. Toda crítica parece violencia. Toda confrontación parece persecución.**

Entonces comenzamos a caminar sobre cáscaras

de huevo para no herir, para no incomodar, para no despertar los demonios dormidos del otro. **La sociedad entra en una tensión constante entre el miedo a dañar y el miedo a ser dañada.**

Y aun así, sería demasiado simple reducirlo todo a una cuestión moral.

Porque muchas veces la dureza de las personas no nace de la maldad, sino del contexto. **Existen sociedades construidas sobre la escasez material y eventualmente la afectiva, la violencia histórica y la competencia brutal.** Mundos donde sobrevivir exige endurecerse, manipular, obedecer o callar. Sistemas que convierten la sensibilidad en un riesgo.

**La tragedia es que terminamos reproduciendo aquello que nos hirió.**



**LUISA  
DELUQUEZ**

 **Luisa\_deluquez**